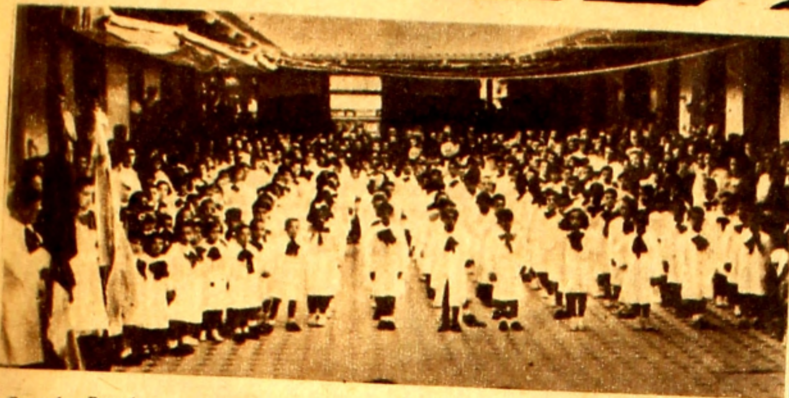
AÑO XVIII — Nº 884 —

EL DIA

Montevideo — Diciembre 26 de 1949



Escuela Paraguay



...cuela España y República de Per...



Escuela 19 de Abril



Escuela República de Cuba



Escuela de 2º Grado Nº 79.

ACTOS DE FIN DE CURSO ESCOLAR

(Fotografías de Juan Caruso)

Algunas de las escuelas públicas en las que se han realizado actos de fin de curso escolar.



U n medio día pasó frente a nosotros (es-
tábamos en lo alto de la barranca) tendi
la vela bermeja hinchada por el suave Es
que rizaba la laguna.

EL CONTRABANDISTA

OTRO arquetipo. En el mismo momen to que un hombre pasa la frontera lle vando algo al margen de la aduana es idén tico en su determinación, en su ética, en su ambición y en su esperanza a cualquie ra del millón — más o menos — que en ese instante también cruza un límite geográfico, de país a país, hurtándole el físico a la ley Se hermana, en la realización de ese acto, como se hermanan los mahometanos, los budistas o los gangsters, en el cumplimiento de sus filosofías.

Napoleón al eludir su cuerpo a los ingleses, volviendo de Egipto y en alta mar, se contrabandeó a sí mismo en una respuesta lacónica. Hay seres que se autocontrabandean con un pasaporte falso. Corta el Bidasoa Itchúa, el vasco francés. Cruza la laguna Merín, Bagadú, nuestro héroe. Aquellos son grandes contrabandistas. Pequeños son éstos. Pero todos se identifican en el acto de escamotear su cuerpo al carabinero o al guarda. Porque el primer cuerpo de delito es el cuerpo del contrabandista. Después... Bonaparte, por ejemplo, si hubiera tenido que cotizar su cuerpo no saliera de pobre. Pero dentro de ese cuerpo había algo fabuloso, que era lo que los ingleses buscaban aquella ocasión cuando volvía de Africa. También el cuerpo de muchos hombres (los del pasaporte falso) deja bastante que desear como valor material. ¡Pero qué de potencias guarda !Hay contrabandos que cuestan muy caros, y no sólo a las aduanas...

Bien. Nuestro hombre, Bagadú, el de la Merin, es el contrabandista corriente, como lo es Itchúa el del Bidasoa. Este es un extraño personaje de *Ramuncho*, maravillosa novela de Loti. Aquel es el centro de esta nota. ¿Imaginarios? No. Itchúa es un personaje real. Loti lo vió y lo sintió. Como él muchos vascos. Bagadú también es real. Nosotros lo vimos y lo sentimos. Simplemente ésta es una cuestión de nombres trastocados. El gran escritor galo no quiso evidenciar y, con eso, comprometer a un hombre. Nos pasa lo mismo. Bagadú aún vive.

Bagadú es el nombre de una especie de bagre muy grande, muy feo, y muy negro, que abunda en las bocas del Tacuarí y del Cebollatí. Nuestro personaje es ún hombre muy grande, muy feo y, visto de lejos, con su cabellera larga y rebelde y su barba ensortijada — que le llega al pecho — negrísimas ambas, deja en la mirada que lo avizora una sensación de sombra. Pero Bagadú es el revés de la sombra. Cuando ríe, la luz que choca en sus dientes y en sus ojos es alegre como el sonido de una campana al salir el sol. Cuando habla su voz asombra por su leve timbre y su dulzura leve. Un hombre tan grande y tan basto... Los dorados arenales de la laguna acusan su paso inconfundible. Algún solitario (como el que escribe estas líneas) que los recorre bebiendo con los ojos la imponente belleza del gran espejo, se detiene y admira la huella de Bagadú rubricando las dunas: es un pie inmenso, único, el que ha marcado. Por aquí pasó Bagadú, se piensa en seguida.

Este contrabandista no es de los de a caballo, cuadrilla y tiro de cargueros. Su trabajo ilícito es sobre las aguas de tres ríos y de un inmenso lago: Tacuarí, Cebollatí y Yaguarón; y Merín. Cada barco qui-

tado o hundido ha sido repuesto. Los ha tenido de todas las líneas, desde la pequeña chalana de menguado trapo hasta el airoso yate de amplia vela. A todos ellos, Bagadú los ha recorrido, en camino interminable, de popa a proa y de proa a popa, cuando las calmas y sobre los bajíos, tacuara en mano picaneando el terso lomo de la laguna para que marchasen. ¡Y qué profundo conocimiento de la enorme extensión geográfica que hay de río a río en el inmenso plano de la Merín! No hay banco en ésta que no esté balizado por él, y no con instrumental científico, sino con su cuerpo en épicas zambullidas. No hay *furado* (pequeña boca de arroyo tributario), en aquéllos, del que no sepa el legal sendero de sus laberintos. Bagadú nos decía una noche en la que yo, con el anzuelo de mi curiosidad respetuosa y alguna que otra visita al pico de una cantimplora, le iba pescando singulares y espléndidas etapas de su vida: —Cuando me sumo en el monte ni el chajá me siente, cuanto más el guarda... —Exacto. Un crudo invierno, rabo entre piernas y haciendo volar el bote, con el zumbido de un motor rascándole la oreja, se zampó en una boca, tironeó la cadena, hundió la nave, la veló en un camalotal y ganó selva adentro. Pero los dos aduaneros que lo siguieron eran perros de buena presa y mejor olfato. Quince días se pasó el hombre entreverado con unos sanrandíes y otros coronillas, sintiendo los guardas que lo rondaban... Al fin éstos aflojaron, y tal vez con menos frío y no tanta hambre como él. Quizá el acero de ellos no poseía tan buen temple como el de nuestro personaje, o la razón de no entregarse del contrabandista era más dura que la razón de atraparlo de los aduaneros. — ¡Ah, señor — me confió Bagadú — cuando después me vide junto al camalotal y ni tironear mi bote pude de pasao de hambre, casi me puse a llorar. Pero pensé que llorando se me podía ir la fuerza que me quedaba y margullí, y del fondo de la chata levanté unas rapaduras medio redetidas y comí... Una semana después estaba cenando de un costillar de vaca. La carne era gorda y revolcada en fariña. Luego de aquella quincena... Mire: no hay hombre, por rico que sea, que conozca lo que es este goce...

Otra vez el hombre iba bogando, muy confiado, Tacuarí arriba. Súbitamente de entre el matorral de una pequeña isla surgió bramando una lancha. Bagadú tendió la vela y comenzó a bordear. Y recogió — por si acaso — una espingarda que a sus pies llevaba (pa matar carpinchos, no cristianos). Un guarda vió la acción de Bagadú y le soltó un tiro. El hombre abrió los brazos y desapareció entre unos camalotes. Su bote se recostó a ellos, sumiso, aguardando la lancha "del gobierno". Allí llegaron los guardas, miraron y escudriñaron. Y luego, atando la amarra del bote partieron llevándolo a remolque. En el mismo momento que de nuevo roncó el motor de la lancha, Bagadú surgió, silencioso, del camalotal y se prendió en la popa de su propiedad. Yo oía clarito — nos contaba —que los guardas iban sintiendo mi muerte. Hablaban alto. Uno de ellos decía: ¡pobre Bagadú, no le tiré a pegar, no sé como le acerté! Y otro: ¡era gauchazo en estas aguas... pero nos daba mucho trabajo! A un puerto llegaron, atracaron y bajaron. Fueron monte adentro, juntaron leña, prendieron fuego... y yo me les escabullí, en un soplo, con mi canoita. ¡Nunca pude saber lo que habrán pensao de mí por aquella judiada! Ellos no son malos... pero me dan tanto trabajo!

Bagadú como contrabandista posee, profundamente, una depuradísima técnica. A veces ésta le ha fallado. Es que los guardas de aquellas latitudes tienen también la suya. Del choque de estas ciencias tan opuestas y que sin embargo se completan, surgen a veces bizarros episodios. Una vez cazaron a nuestro hombre lejos de la costa. Marchaba, bolsa al hombro, en el rumbo de una arrocera a entregar ciertos encargues que le habían hecho algunos peones escamados en las absorbentes cantinas. La chalana había quedado escondida. Mansito cayó Bagadú. Su servicio secreto le había acusado ausencia de autoridad y además en tierra era como lobo de río: un ser indefenso. Después del interrogatorio correspondiente y del perdón — no correspondiente—la autoridad mayor le dijo: —Bueno, andate. Pero tené un poco más de vergüenza y no te hagas ver tan de cuerpo suelto. Bagadú respondió:

—¡Ah, señor, yo hago todo lo posible. Bien ustedes me podían dar una manito mirándome menos..

Si hay una vida jugada al azar esa es la de Bagadú. A este ser la naturaleza le ha dado prerrogativas envidiables. Un atleta. Despejadísima inteligencia. Enorme frío y coraje. Determinación inquebrable. Voluntad. Sufrido. Impasible. Agudo. Con un dilatado caudal de energías. Con un don de gentes que no lo da el salvajismo. Con un instinto exaltado que no lo da la civilización. Todo esto en una salud prodigiosa. Nosotros hemos pensado muchas veces, y hasta se lo hemos preguntado —¿Por qué no ha puesto todas esas incomparables fortunas a un mejor, más noble y honesto vivir? El nos ha dado esta vaga respuesta: —Sé que ando con el pie cambiado. Pero esa es mi vida escrita. Y, además, me gusta.

Esta nota no ha sido hecha para ponderar a un contrabandista, no. Ha sido hecha para describir a un hombre. Otros como él todos los días atraviesan los ríos del mundo. A veces, cuando a uno de éstos hace caer una bala, sentimos su muerte. Quizá una maravillosa energía malograda... Pero estamos de parte de la ley.

Un mediodía pasó frente a nosotros Bagadú (estábamos en lo alto de la barranca) tendida la vela bermeja hinchada por el suave Este que rizaba la laguna. A ésta la vibración del sol la había llenado de espléndidos espejismos. En la línea de su horizonte (por el lado brasileño) surgían plantíos, casas inverosímilmente alargadas, monstruos. Mas que contrabandista mínimo Bagadú nos pareció pirata de los tiempos heróicos. Patinaba su barco sobre el espejo, libre en medio de la libertad. Confesamos que sentimos un poco de envidia por él... y de pena también.

José MONEGAL.

(Dibujos del autor. Especial para EL DIA)



Bagadú ha recorrido todos sus barcos, proa a popa, popa a proa, picaneando la laguna para que marchasen.

Itinerario Italiano:

DONDE MURIO EL MAGO CAGLIOSTRO

DESDE el monte Carpegna al arrecife de San Leo, no es corto el camino; pero es en cambio poca la distancia entre esta montaña madre y su vástago rocoso que tuvo un día el atrevimiento de abandonar la cadena apenina para venir a sobresalir, aislado áspero, sobre el valle de Marecchia. ¿Curiosidad por contemplar el mar que clarea a lo lejos, más allá del Rimini? ¿O rivalidad con el farallón de San Marino, que antes que él se había separado de la Carpegna y lo supera en rudeza y en fuerza? Solemne, con cierto aspecto de matrona fatigada, la Carpegna contempla estos vástagos audaces que han avanzado más que ella, pero que no la superan ni en bellezas ni en altura; y que mientras nunca pudo ser domesticada por el hombre, quedando sola y libre con sus bosques y sus leyendas místicas, han aceptado, y tal vez agradecido, la presencia numerosa y permanente de ese minúsculo terrible que es el hombre, que todo lo quiere dominar y a nada le teme, ni siquiera a las cóleras del cielo y de la tierra.

Verdad es que San Leo no es tan elevado ni tan hermoso como la montaña madre y si de un flanco el farallón es liso, del otro lado se encrespa bastante, pero no como para atemorizar. Fué por eso que los hombres primeros que allí se refugiaron tenían una defensa segura por la parte del mar, y podían por la parte montañosa poder repeler a cualquier enemigo, a poco que estuvieran vigilantes. En los primeros tiempos San Leo no estuvo fortificado: peñón fué encontrado, y peñón quedó. Y además, refugio de pastores y rebaños. Hasta su nombre fué humilde, pues se le llamaba "Monte de las ovejas". Pero en los siglos batalladores, ya aumentada su población, fué necesario darle defensas amuralladas, levantándose sobre la cima del castillo que hoy puede verse todavía, y que desde lejos parece un halcón blancuzco dispuesto a levantar el vuelo sobre una presa avistada y segura.

Ni breve ni pobre es la historia de este castillo a través del largo y bélico período del Medio Evo. Y fué lógico que, por interior y no demasiado inmediato al mar, vigilara y defendiera un valle que si no es el más importante, tampoco es de los más olvidados de la Italia central. Y fué una verdadera fortaleza, creada antes por la naturaleza que por la mano del hombre, al punto de que las artes guerreras debieron declararse impotentes ante ella. Y se convirtió así en refugio de vencidos, o de moribundos, escondrijo de tesoros, último punto de defensa en el peligro. En cuanto a la región nunca perdió a sus habitantes, ni aun cuando de fortaleza vino a convertirse en prisión, una prisión tenida por entre la más dura y pavorosa de Italia; ni a sus rebaños de ovejas, que continuaron pastando entre las rocas, dando queso y ricotta con tranquila pasividad a sus dueños. Pintoresco contraste, pues mientras que el sitio es rudo, y sombrías las construcciones, el hombre que allí vive es pacífico y calmoso, sin ningún aspecto severo, sin ningún carácter guerrero, pese a haber nacido en esta región que, siendo terrible por sí misma, estuvo destinada a campamentos de ejércitos sitiados, y a haber conocido más la guerra que la paz.

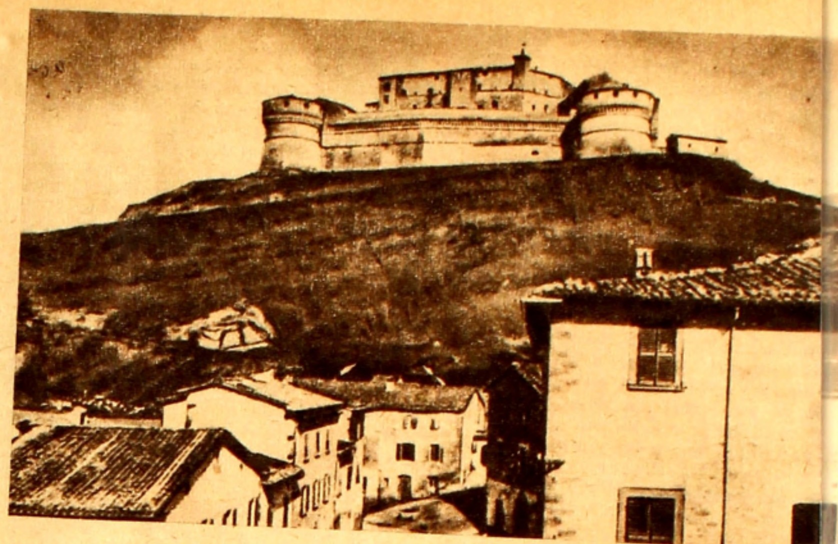
San Leo, como presidio, puede evocar bellas historias, pues en todas las épocas, desde Monteferro, señores de Urbino, en adelante, sus calabozos alojaron a hombres de toda condición y carácter: gentes con un pasado noble, y gente escapada de acciones más que innobles; hombres que lucharon en defensa de la fe; puros e impuros, víctimas de cualquier odio insano o vulgar; seres que merecieron el rigor de estas prisiones, y otros que merecían una aureola de santidad. Pero el prisionero que dejó tal vez mayor rastro, entre todos aquellos que por aquí pasaron y murieron, rastro todavía no desaparecido, fué C gliostro, el mago, el mistificador sobera el hombre que tanto escalofrío dió al m setecientos. Encerrado aquí dentro, ning milagro ni prodigio pudo realizar ni quiera aquel tan simplísimo de evadirs No "aquel diablo encadenado" que pu haber vuelto de arriba abajo el mund que había anunciado la muerte de Mar Antonieta, que había repetido el milag de mudar el agua en vino, que había p sado a través de Europa como un triun fador, desde el día en que Clemente XI le conmutó la pena de muerte por la d prisión perpetua, haciéndolo llevar a est peñón, enterrándolo en uno de los calabo zos más oscuros del castillo, todo lo qu pudo hacer fué un poco de farsa. Se dic que pedía un traje de un color, y luego d otro; que no comía para demostrar (¿a quién?, ¿a su carcelero?) que podía vivir sin comer, como los seres sobrenaturales, que pintaba sirviéndose de un pincel hecho con los pelos de su barba, y de una tinta compuesta con el herrumbre de la reja de su prisión; que predicaba, para sí, con el aire y el modo de un vidente; etcétera, etcéterfa, etcétera. Con todo, en algún momento este mago que tanto miedo dió a medio mundo, que dejó tras suyo a tanta gente suspensa y admirada, que sintó la onda de admiración casi unánime, baja del tinglado desde el que vanamente ha tentado estos últimos gestos, y vuelve a ser hombre. Y no hombre excepcional, ni siquiera notable, como cuando intenta, por ejemplo, matar al fraile que había pedido con ánimo de confesarse, esperando poder escaparse de la cárcel disfrazado con sus hábitos; o cuando, convencido más que nunca de que no podría salir vivo de San Leo, escribe cartas suplicantes a unos y a otros, pidiendo perdón y piedad. El caso fué que, una vez desenmascarado, este teatralísimo farsante no pudo encontrar, no digamos su antigua fuerza de lucha y conquista, sino siquiera la fuerza normal de los hombres comunes. Y después de cuatro años y cuatro meses debatiéndose en aquella jaula, demasiado estrecha para cualquier hombre, y mucho más para él, pájaro acostumbrado a la libertad y al vuelo, un ataque apopléjico lo libera para siempre de la prisión de San Leo, y de la cárcel de su cuerpo. Fué el día 30 de agosto de 1795.

Bien diferentes fueron los huéspedes que San Leo recibe y acoge en el ochocientos, durante el dominio del papado en el Lazio, n Marche, en Romagna. Ni magos ni seres excepcionales: apenas hombres. Pero hombres que tienen cien religiones, sin tener ninguna, hombres sencillos, comunes, frecuentemente incapaces de escribir siquiera el nombre y apellido. El papa manda aquí arriba a todos los "patriotas" que han osado contra su poder, ofreciendo su propia vida y su propio futuro a una Idea que en ellos domina a todas las demás, incluso a los propios instintos: la libertad de Italia. Romañolos o marchinianos, umbros o romanos, el que haya sido sorprendido luchando de cualquier forma por el renacer de la patria, es traído hasta aquí arriba y metido en estos terribles y antiguos calabozos.

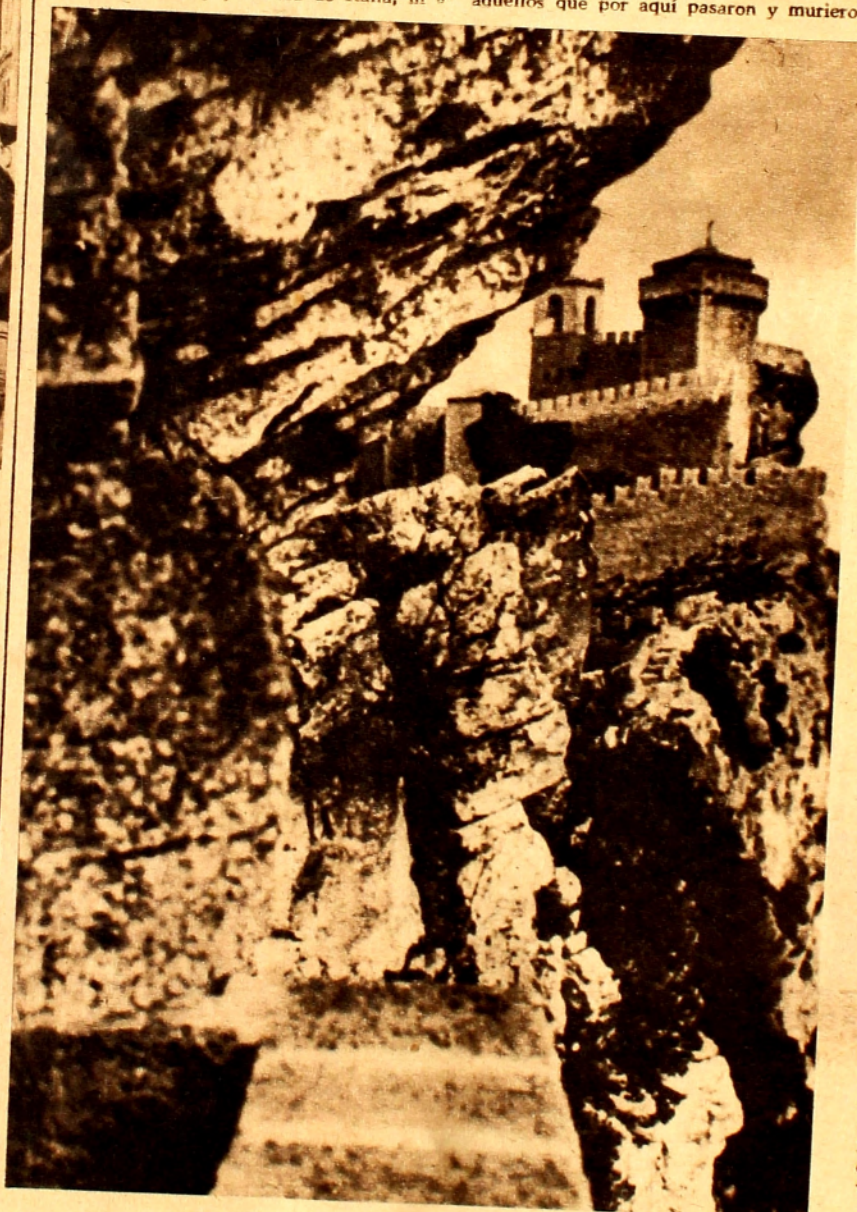
Alguno consigue salir, volver a la luz, recuperar su familia y circular por las calles de su ciudad; pero muchos, o más enfermos o más viejos, van uno a uno a terminar en el pequeño cementerio de San Leo, donde hay poco sitio, pero en el que se hace lugar para todos, sea cual sea la fama que tuvieron, el bien o el mal que en la vida hicieron.

Mario PUCCINI.

(Cenigalia. 1949. Especial para EL DIA Traducción de E. A.).



El castillo visto desde el pueblo.



Castillo de San Leo, donde murió Cagliostro



Retrato.



Retrato

EXPOSICION

ACUARELAS DE ALDO RAIMONDI

INAUGURANDO su nueva Galeria, el Salón Moretti, presenta al acuarelista italiano Aldo Raimondi.

Este artista nació en Roma en 1902, y pertenece a la Escuela de Acuarelistas Italo-Inglesa. Habiendo comenzado sus estudios con su padre, Roberto Raimondi, gran acuarelista de entonces, se perfeccionó en Londres, donde adquirió su obra fuerza y caracteres propios, destacándose entre los acuarelistas más cotizados. Actualmente es profesor en la Academia de Brera, Milán y titular de la única cátedra nacional de acuarela, creada especialmente para que dicte sus cursos. Raimondi ha iniciado en Buenos Aires una jira por los países sudamericanos, habiendo obtenido en la vecina orilla un franco y halagador éxito. Cuando esta nota fué entregada, sólo habían llegado algunas obras de Raimondi, por lo tanto, dejaremos para dar nuestra opinión en la edición diaria. Sin embargo, pudimos apreciar algunas acuarelas que se habían adelantado al envío, y valorar el dominio de la técnica de este artista. En esos trabajos de gran tamaño, puede verificarse a una gran animalista y a un pintor que tiene el don del oficio, y que le sobran recursos para lograr lo que se propone. La fuerza que consigue en la acuarela es sin duda uno de sus más grandes méritos. Debemos señalar que estamos ante un naturalista cien por cien, y que no debe buscarse en esta obra, ningún problema que no sea el de vencer las dificultades del oficio, y de un certero y correcto dibujo qu planta con gran facilidad. Sin embargo, su obra por hecha, no posee esa sugestión y espontaneidad espiritual que libra al artista a la variedad emotiva que le sugieren los objetos y las cosas. Antes bien, aquí todo está calculado y realizado con precisión — aunque con soltura — que enfría en parte esas dotes de virtuoso que posee el pintor.

Damos en esta página algunas de las acuarelas que componen la muestra.

E. V.



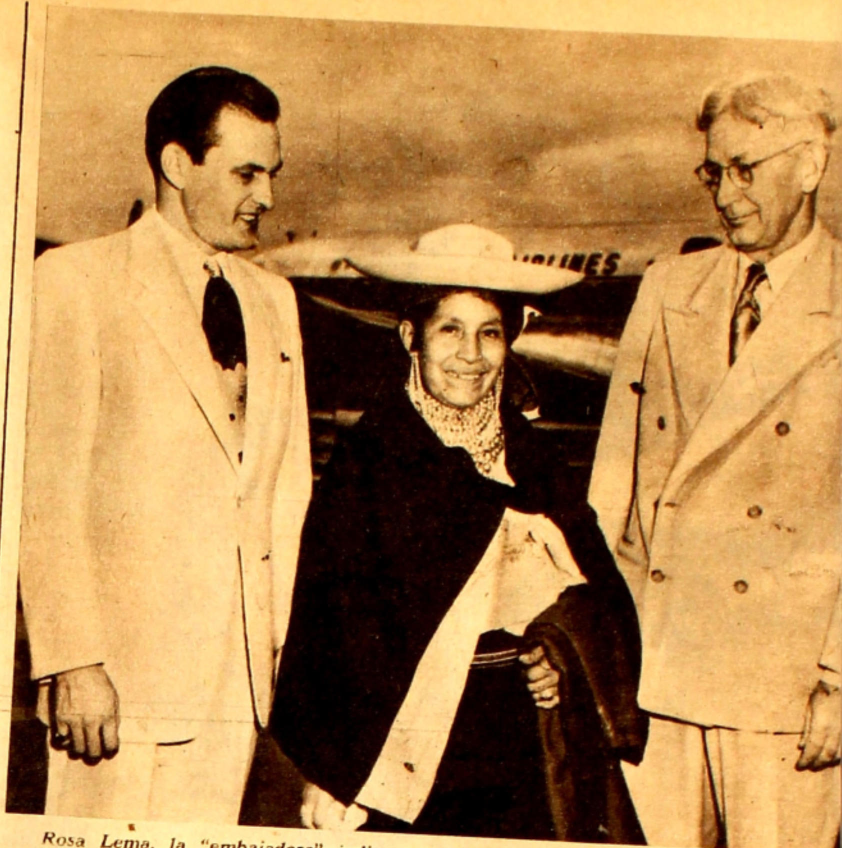
Roma. El Coliseo.



Puerto sobre el Adriatico.



Terneros.



Rosa Lema, la "embajadora" india es recibida por el Alcalde de Miami y el Gerente de la ciudad.

Los indios de Otavalo

OTAVALO es la ciudad sonriente que se recuesta en las faldas de dos volcanes proveedores del agua cristalina de sus lagos y artífices de los quietos contrastes de su naturaleza: El Imbabura y el Cotacachi. Una atmósfera límpida cubre la dilatación de sus horizontes, y tal como la vió el poeta, la Provincia de Imbabura es "una provincia azul": cielo azul, monte azul lagos azules... Flor azul de los papales, de las alfalfas, de los valladares. Allí Otavalo, recatada en la dulzura de su clima, tendida en breve planicie, sin altos campanarios ni torres novísimas, laboriosa e igual parcelada y democrática, es una ciudad indígena y española, y más de la raza cobriza que tiene su asiento en las poblaciones colindantes, en las cuales los imbavas han conservado su espíritu y su color, sin dejarse invadir por nuevos conquistadores y cediendo, al propio tiempo, a un moderno sentido de la existencia.

El paisaje de Otavalo es sobre todo el del lago de San Pablo. Esa miniatura del mar refleja un cielo azul, oscuro y claro alternativamente. Su oleaje reproduce, en tono menor, la corriente marina. Sobre esa superficie rizada, las garzas tienden su vuelo de paréntesis de alas o van a buscar navegantes que saben de la curvatura de las gaviotas, el esguince de los peces cuya ruta deja, como dijera el cantor del micrograma, menudos ceros de vidrio. Allí, a las orillas del lago, los turistas contemplan el cuadro de los bañistas indios. Una decoración de totora bordea sus orillas y las primitivas embarcaciones no han sido desplazadas enteramente por la lancha de motor. El muelle antiguo, construido de ese material silvestre, se aviene con el espíritu del lago, y aun cuando a su margen opuesta, en el pueblo de San Pablo, se levante un hotel de proporciones turísticas, su encanto mayor reside sin duda en ese trozo de égloga que permanece sin artificiosa compostura, para ofrecer los sedantes del silencio y de la quietud.

En ese medio se ha conservado y progresado una raza indígena de excepcionales valores. No es el indio cuyo tipo se mostró en otras latitudes con su prestigio de originalidad primitiva y su marca de salvajismo. No el que propagaron estampas sensacionales con el vestido de taparrabo y la diadema de plumas. Ni tampoco el que se agobia bajo la carga ni el indio abatido por el látigo del mayoral o el que lleva una existencia oscura al lado de las acémilas

Los indios de Otavalo, conservando para las relaciones entre los de su clase el idioma quichua en cuyos términos dijo su canto el antiguo *aravico*, logran expresarse en un castellano que va ganando en corrección y acierto. Confían en la tonificante virtud de las aguas de San Pablo. Llevan ellas indumentaria sobriamente colorida, salvo el recargo de los pendientes de similor. Anaco partido, hualca, brazaletes, anillos en todos los dedos, collares de coral o de cuentas doradas, zarcillos en forma de cuerdas de oreja a oreja, camisas



Aspecto del lago de San Pablo, en Otavalo.

bordadas primorosamente. Visten ellos camisa y calzón corto, ponchos de lana de colores oscuros, alpargatas, grandes sombreros cóncavos. Algunos viajan con los pies desnudos por los senderos, bordados a trechos de bugambillas, de sus predios de Peguche...

Peguche es el pueblo de los telares indígenas. De los de las industrias de los afamados casimires de Otavalo. Los tejedores aborígenes trabajan en una casi sabia disposición de actividades, en un sistema colectivista que ocupa a toda la familia. Hay los pastores que cuidan de los rebaños, de la materia prima para la obtención de los vellones. Las muchachas indias manejan el huso para el hilo de lana y a veces las mayores van a campo traviesa en su obra de cardadoras, mientras rompen el aire con un son de yaravíes. Los indios, por lo regular, mueven los telares de incomplicada estructura, fabricados por ellos mismos, sin estridencia de piñones ni mecánica de hierro. Telares de madera en los que importa sobre todo la combinación de los hilos: la forma de la tela, apretada y flexible, tanto más estimada cuanto más ofrezca los colores naturales.

Esa industria que llena, desde las madrugadas de los sábados, las plazas de la Feria de Otavalo, ha viajado por todo el país y comienza ya, si bien parcamente, a buscar la acogida de los mercados exteriores. Y los ponchos de Otavalo, las camisas bordadas, las telas para sobretodos y los casimires de dibujos modernos para las americanas de última data, se han exhibido hace poco, con gran suceso, en las ciudades de los rascacielos y los productos en serie, como la modalidad de un pueblo cuya marcha vital se traduce en una industria de perfeccionamiento, que no ha pedido nada a la cooperación de los pueblos del maquinismo.

Viajeros indios que ingresaron al espacio del avión, en una "embajada" que contó con el apoyo gubernativo y el de la Oficina Ecuatoriana de Turismo, han retornado de los Estados Unidos, trayendo, sin larga sorpresa, las impresiones de la ciudad del ritmo acelerado. No sólo ha de hablarse de la visión de Nueva York por los viajeros del libro como Paul Morand. Y acaso sea más interesante, por los puntos de vista de una ingenuidad serena, la de Rosa Lema y Daniel Ruíz Quinchuqui, observadores de la metrópoli de hierro, desde las alturas del Empire. El indio ecuatoriano, vestido con sus propios tejidos, ha fumado la pipa de la paz con el piel roja, sobreviviente de una raza casi extinguida en fuerza de esos mismos motores de una civilización que se marca por la técnica de la velocidad. Ha entrevistado a Truman para ofrecerle el poncho de la amistad o ha soplado sobre las cañas del rondador un aire danzante que triunfe de la tristeza de los acordes de la "raza vencida". Mientras Rosa Lema recibió el tratamiento de Princesa, no propiamente como en un título de los caídos en desuso, sino en su valor literal que le asigna una categoría de primera o de principal entre las de su clase, entre las mujeres de Peguche, a donde llegara en otro tiempo Henry Wallace, en tren de turista interesado por conocer el lujo aborigen de los rebaños y los telares elementales de los que sale la felicidad sin complicaciones de un indio que ha superado la etapa estrecha del huasipungo.

El regreso de los indios que fueron a demostrar el proceso de sus telares y la capacidad de sus labores, ha podido subrayar, con alguna sonrisa, el encuentro de las "novedades" de otras tierras. Allí la caída de la nieve en copos de algodón y que "no moja", como el granizo ecuatorial. Y también el hielo de colores del Music-hall que les ha ofrecido un espectáculo diferente de la invernada andina o de la corona nevada del Cotacachi. Allí los millones de luces que les dieron la impresión de no poder distinguir entre el día y la noche. Y la forma babélica de los ruidos, en gran contraste con la quietud de Otavalo, agitada apenas por las escasas caravanas de norteamericanos que van hacia el lago o a buscar el colorismo de la Feria, o con el reposo de Peguche en donde, junto al rumor de la cascada que teje su manto de espuma, está la población de los indios trabajadores y los talleres que renuevan en cada mañana el ritmo lento de los telares, cuyo producto les ha permitido ya que pudiesen disponer del oído continental de la radio, del mobiliario de líneas nuevas o del espejo que reproduce la figura de la india ataviada, con más precisión y fineza que el remanso del lago azul que supo desde siempre de la intimidad de las imágenes imbayas.

Augusto ARIAS.

Quito (Ecuador). Diciembre de 1949.
(Especial para EL DIA).



En el camino a Peguche.



En la feria de Otavalo. Los tejedores exhiben sus casimires de modernos dibujos.



Una india otavaleña prepara la materia prima para el tejido de los casimires.



Joven india de Otavalo, junto a la rueda de su telar.



Grupo indígena después de la Feria.



El San Juan del Bargello.



San Giovannino.

JUAN, el Bautista, hijo de Zacarías, tenía que resultar tema apasionante para un escultor como Donatello; y esto no sólo porque el Santo era patrono de Florencia donde realizara buena parte de su obra, sino porque su figura tumultuosa, enfebrecida y pasional, no podía dejar de enamorar a un humanista de su talla.

Recuérdese la anécdota que cuenta el Vasari con respecto al Cristo que Donatello realizara para Santa Croce; su amigo Brunelleschi hubo de reprocharle que hubiera crucificado "a un campesino", ya que el cuerpo de Jesús *"fué delicadísimo y en todas partes el más perfecto hombre que nunca había nacido"*. Esta parte del acontecido es ya ilustrativa pues marca de qué manera el destino del gran escultor florentino fué más el acercarse a lo humano que no a lo celestial, más ponderar y sentir las pasiones y los hechos de los hombres, que no afirmar el denso sentido místico que ya pertenecía a una época pasada. Por eso en sus temas religiosos alienta siempre una potencia extraordinaria de pasiones y acciones, de sentimientos y actitudes que compendían con fuerza arrolladora a través de asuntos tradicionales los aspectos multiformes de la vida inmediata.

Poco hablan los Evangelios —comparativamente— de Juan el Bautista, pero las escrituras alientan en los trozos que a él se refieren con la fuerza terrible de las visiones proféticas. El mismo Cristo dice de él: *"De cierto os digo que no se levantó entre los que nacen de mujer, otro mayor que Juan el Bautista"*... "(San Mateo 12 - 11). Así, este ser extraño, hijo de la vejez, predestinado a ser profeta y abrir el camino *"de otro más grande aún"*, este Juan, crecido en el desierto, vestido de pellejas, tiene en su impulso la fuerza descomunal del hombre que se sabe elegido para las grandes tareas. Con esa convicción poderosa, el Bautista no descansa ni se desvía de la diécil ruta marcada; asceta por vocación interior, siguiendo en esa ruta la antigua tradición sectaria judía que se mantiene hasta aquellos tiempos convulsos en que la llegada del Mesías era idea madura e inquietante, se siente consumido por el fuego que lo transforma en esa voz que clama en el desierto, predicha por Isaías. Pero su cuerpo, alimentado de langostas y miel silvestre, existe y está ahí, contraído por aspiraciones sobrehumanas, como un titán sin músculos. Arremete, entonces contra el peligro cierto; cae en prisión y finalmente Herodes lo manda degollar a instancias de Salomé. En esta trágica trayectoria, la tradición religiosa no da más signo exterior del individuo que su severa vestimenta *"de pelos de camello y una cinta de cuero alrededor de los lomos"* en tanto que la tradición plástica medeoival no lo perfila de manera absoluta.

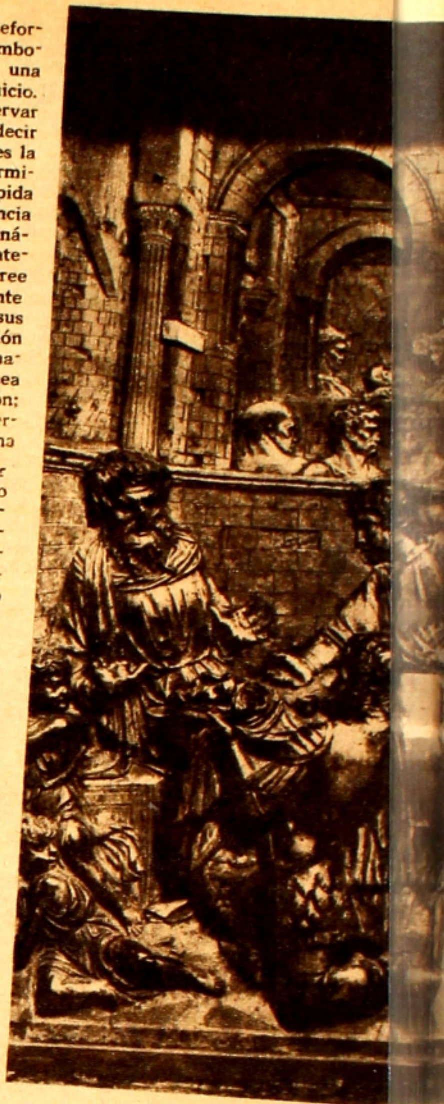
Por supuesto, el Renacimiento había de explotar convenientemente y de acuerdo a sus directvias, esta historia; dos hechos de la misma le importan sobremanera: el bautismo de Cristo, en primer término porque vinculándose a un asunto religioso permitió a los artistas la solución plástica de desnudos y paisajes; y en segundo término el banquete de Herodes y la danza de Salomé con la presentación de la cabeza del Bautista, porque, aparte de los conocimientos anatómicos que podían exponerse, hacía posible todo el despliegue suntuoso de una fiesta, con ricas arquitecturas, suntuosas telas y lánguidos ritmos. La época barroca por su parte ahincó más en esta temática dándole mayor esplendor. Pero Donatello es un espécimen específico del Quatrocento italiano, momento en el que se sublima incisivamente la condición humana, afirmando sus cualidades, sus emociones y sus aspiraciones; Donatello siente profundamente los aspectos trágicos y los matices delicados del multiforme vivir y su problemática y aspira a la misión de exaltar de manera definitiva las potencias humanas. La realidad inmediata es el camino difícil para la valorización simbólica de su mensaje; a ello se lanza.

La crítica lo considera apresuradamente como un naturalista exacerbado; evidentemente ha ahincado con pasión febril en los elementos reales del ser humano, pero justamente ese es el camino que elige para una expresión trascedente, fuera de la circunstancia episódica de lo real. Y por cierto que elige el camino más riesgoso, porque el planteamiento abstracto o a base de deformaciones es un puente fácil para el símbolo; la verdad agudizada, en cambio; una trampa en la que cae fácilmente el juicio. Resulta de un simplismo aterrador observar la justeza anatómica de sus figuras y decir que era un realista; más aún: como esa es la salida inmediata que la observación permite y ahí radica la falsa comprensión rápida de su mensaje; su veracidad es apariencia y configura así el enredo mayor que el análisis plástico plantea para su obra. Donatello es de los artistas que el dilettante cree entender en seguida pues inmediatamente alcanza éste a calibrar lo sustantivo de sus formas; la energía radical de su exposición determina sin lugar a dudas una información precisa del ser representado. ya sea un retrato, el San Jorge o la Anunciación; pero este acercamiento fácil no es un acercamiento justo; algo más contiene la forma que no sólo lo representativo inmediato; por eso conviene detenerse a saborear despacio los recursos expresivos que el escultor explota para alcanzar su exacto mensaje, para superar la torpe posición primera y llegar a gustar ampliamente el profundo sentido humanístico —no exactamente humano y mucho menos corporal— de sus concepciones. Conviene recordar que cuando una obra de arte no da más que un rápido acercamiento informativo o muestra sólo el fenomenal alarde de una técnica magistral, resulta cosa menor y olvidable. No se puede decir esto del Donatello. Pero posiblemente sólo de su extraordinaria cantoría o del poderoso Gattamelata ha extraído suficientemente la crítica más accesible el sentido pasional que las informa. Al aproximarnos hoy a sus versiones del Bautista. —que vamos a hilar en una idea directriz única— esperamos servir al lector como guía sumaria en su apreciación y, por ende, en la apreciación de la escultura toda pues siempre el contacto con los grandes ejemplos es aleccionador y conveniente.

Hemos expuesto cómo la figura de Juan presenta ribetes de interés especial para quien quiera ver en él una actitud inflamada del hombre; cómo su tratamiento plástico no adapta, todavía, cánones estipulados muy rigurosos y cómo un individuo del Quatrocento italiano podía sentirse atraído, así, a tomarlo como tema, pues tiene libertad de tratamiento y un fondo humano, caliente, difícil, extraño y apasionante que sacar a luz. Otra vez topamos con 'lo difícil": la dificultad es uno de los encantos mayores para los maestros del primer renacimiento italiano; se trata de artistas que sienten la tentación del problema; que adoptan dificultades para vencerlas, que quieren demostrar la capacidad maravillosa del hombre para superar obstáculos que parezcan insalvables, al par que construyen un lenguaje de la emoción. Los artistas posteriores, hasta nuestros días en que la actitud se pone nuevamente en ese estado especial de gracia, obviarán, en lo posible, las complicaciones que estimen innecesarias.

Donatello resuelve varias veces la figura del Bautista y va mostrando en cada una de ellas un aspecto aparentemente diverso de su trayectoria. Ahora bien: en general, adopta la figura solitaria del profeta, y cuando trate el banquete de Herodes será dándole un sentido especial que veremos luego. Importa destacar ahora cómo plantea con vigor ese aspecto singular del individuo. Siente la importancia de la información que tiene sobre su ascetismo, sobre su vida en el desierto donde su voz clama poderosamente. El hijo de Zacarías es un solitario; resume en él, *en él sólo*, la fuerza descomunal de un convencimiento superior. Puede, por consiguiente, circunscribirse a él, el trágico mensaje.

En el Bargello (Museo Nacional de Florencia) se conservan dos versiones: Juan niño (el famoso San Giovannino) y Juan algo mayor, en la plenitud de su joven naturaleza. Ambas figuras se plantean en mármol; el primero, de una brillantez algo cenicienta que acentúa con su color el dramatismo con que se construye la organización salpicada de las luces. Las formas son enteras; la vibración sutil de las superficies del desnudo se concreta formalmente por contraposición con la brumosa organización de la pelleja donde la luz se tamiza por la multiplicación tenue de los puntos de descaque; allí el modelado es sereno, como de medalla, y sobre la superficie la luz se expande sin fuerza en un tono mate de grave emoción. Obsérvese además, cómo trata el cabello en manera similar. El personaje está concebido pues dentro de un grado de espiritualización contenida y en esa tónica, la cabeza, se circunscribe además por el círculo entero de metal —material diverso que busca apoyo en la cruz— y resplandece con un modelado agudo en una actitud anhelante ,de visionario en embrión. Esta configuración temática se apoya, entonces, en



La Danza de Sa...

LOS BA...
DEL ...

un tratar la materia escultórica con inten... ción bien definida. La espiritualidad est... diluyéndose, escapándose de la superfici... por la suave luz que lo envuelve. En el otro... San Juan el escultor busca de imponer una...



La Danza de Salomé, relieve ...



...autisterio de Siena.

LOS ...STAS DE... ...ATELLO

...nición más concreta, y el modelado y ...stancia escultórica se acuerdan con esa ...ación. El mármol, marfileño, es brillan- ...salvo en el cabello y la piel que lo cu- ... donde las formas juegan ritmos musi-cales aconsonantados en tono más bajo. La figura escuálida, hermosísima, ahonda hacia adentro, espiritualizándose al máximo. La anatomía se plantea enérgicamente, pero destacando una organización tendinosa, vibrante, que escurre la superficie plástica en los pies, en los brazos, tensos, en las piernas y torso capaces de una energía inaudita, en la cabeza de severa organización que fluye levemente en la barba y bigote apuntados. La misma actitud de la figura en un arranque de movimiento tiene presente una virilidad segura, firme. Ya no hay halo; la cruz es de caña y no cuenta en la definición sustancial del conjunto, más que como forma geométrica. Analícese comparativamente cómo se ha tratado en este caso el cabello y el pelo de la vestimenta. El modelado incide concretamente en las lenguecitas de ritmos encontrados, bien señaladas por la sombra y la luz. El Bautista se ha definido; marchará así impulsado por una fuerza interior incontenible que el escultor está exponiendo en todo aquello que la realidad le permite y en los aditamentos donde juega su imaginación para valorizar el elemento luminoso, tonal, táctil y de forma que apoye el mensaje.

En San Gionannino fué la última escultura en mármol que Donatello había de hacer. Nosotros invertimos los términos y pasamos incluso por alto la discusión establecida sobre la paternidad del segundo San Juan del Bargello. Estamos haciendo una recomposición del proceso de la idea viva del Bautista a través de la maduración del personaje, no de su realización, pues no es extraño que para lograr la sutilísima exposición del Bautista niño haya sido necesario sumar la densa experiencia de una vida de escultor. Es muy anterior a ellos, el San Juan del campanile de Santa María del Fiori, que hoy se encuentra en el Museo delle Opera de Santa María; al enfrentarse con él en esta revisión sistemática choca descubrir que resulte por contraste más que un santo de su talla un enérgico retrato de la raíz campesina que fué vena trascendental en su obra. Pero justamente por esta encadenación que hacemos termina hallándose no obstante, en él, algo de sereno y afirmativo en la línea expuesta al plantear en su apostura la condición del firme conductor de pueblos. Despojado de los atributos tradicionales, tratada su vestimenta con gran libertad, el dibujo nervioso de los paños, las incisivas hendiduras que habían de agudizar la potencia de la sombra en su ubicación al aire libre, para donde fué creado, lo hacen llamear en los contrastes; la cabeza, en cambio, de sobrios valores, pulida y aligerada por la acción climatérica, se enciende de emoción convincente.

La cuarta gran etapa está en Siena, en la Catedral; es un bronce posterior a las otras concepciones. La madurez del escultor se aconsonanta con la madurez de la idea. Había dos puntos graves: el inicial, en el que alienta una fuerza inconcreta y la llamarada final en la que la idea se expande con una fuerza descomunal. Para esta versión elige el bronce. Su modelado no condice con una lógica temporal. El modelado de fuertes contrastes no apoya la determinación de una edad, sino que expresa la fuerza anímica desatada de una convicción sobrehumana. La tensa frente marca la contracción intensa del pensamiento. La pelleja se abre a los costados, mostrando en luminosas verticales el cuerpo febril donde se deslizan las líneas brillantes de una estructura interior que se evade. La pelambre humana y la animal se unen en una agitación tumultuosa; difícil resulta percibir en el intenso modelado, en la salpicación nerviosa de la luz y de la sombra, una línea constructiva, una organización estructural; por eso la evidencia del cuerpo en las aberturas; y a los contrastes del modelado se suman los contrastes del tratamiento para imponer en el espectador ese sentido encontrado de la firmeza y la fiebre, de la materia y la idea, del espíritu y la carne. El Bautista no es ya, solo, el que precede; es ya el individuo actuante, enérgico, que va a enjuiciar y ordenar; que va a merecer la prisión y el degüello. Es la idea moralizadora que ya no habla en el desierto; es la idea peligrosa que conviene a los grandes hacer callar.

Interesan menos en esta revisión los otros Bautistas del Donatello: el de Santa María dei Frari, en Venecia — madera policromada — cuya autenticidad merece objeciones y la pequeña estatuita de bronce que conservaba el Museo de Berlín y que recibiendo sustancial modificación con la agregación posterior de los antebrazos tiene un carácter discutible que no puede caber en nuestro análisis. En cambio merece atención especialísima una de las versiones del Banquete de Herodes, aquella que hiciera para la fuente bautismal del Bautisterio de Siena. Al plantearse un relieve, ya Donatello no puede circunscribirse con esa sobriedad propia de su temática a la figura aislada; busca entonces exponer el momento en que viene a presentarse a Herodes la cabeza del Bautista, para magnificar el soplo trágico del acontecimiento. El bronce incide finamente en los contrastes sombríos y en el dibujo estricto de las figuras sobre fondos planos que van buscando perspectivas rítmicas sin fugantes tumultuosas. De esa manera el movimiento de los integrantes del grupo, estructurado en un estricto cañamazo de rectas encontradas, va exponiendo un hueco trágico donde campean las formas sobrias de los cuchillos y los platos, de la enérgica geometría de la mesa. Un soplo helado fija al conjunto y la anécdota se pierde para sublimar el sentido patético del acto. Otros personajes, pospuestos en lejanías, contrastan con la indiferencia representativa, la intención manifiesta. El relieve en mármol del Museo Wicar de Lille, aunque posterior a éste, ahinca en la figura danzante, en las fugantes, en los elementos arquitectónicos; el material sensualísimo que empleaba pudo empujarlo en esta concepción que sería extraña a Donatello si no presentara con fuerza dramática una organización de estructuras que colora al total, movimentado y flúido, de una solidez pesante y amarga.

Donatello ha sabido ir viviendo los avatares de su concepción del Bautista. Este fué, evidentemente, una idea apasionante para él, idea que estructuró en medidas diversas. Al analizar las distintas versiones de su tema se expone una actitud humana frente a otra actitud humanizada, vibrante, llena de pasión. Se trata del análisis continuado, ahircado, de las razones o de los justificativos de un ser-símbolo que nunca deja de estar ligado a la tierra y a los problemas de la humanidad. Esa es una posición quatrocentista. Los artistas posteriores harán réplicas de sus concepciones con un sentido más exterior. Pero en esta clase de artistas, el problema mismo es la fuente inagotable, proteica, de la forma. Y la realidad, que adoraban, un problema más a vencer.

Fernando GARCIA ESTEBAN.

Especial para EL DIA.



El Bautista en madera de Santa María dei Frari en Venecia.



...el Museo Wicar de Lille.



El San Juan de Santa María Dei Fiori.



El San Juan de la Catedral de Siena.

EL Dr. GUILLOTIN Y LA GUILLOTINA

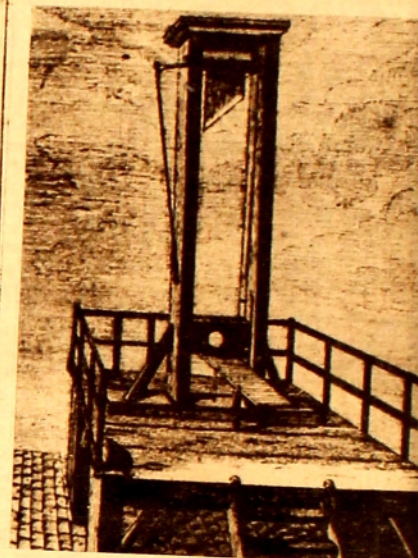
MOCION FILANTROPIC[A] QUE ENGENDRO UN INSTRUMENTO DE ESPANT[O]

CON injustificada obstinación se insiste en atribuirle al Doctor Guillotin la invención del aparato que tan triste celebridad adquiriera en 1793, cuando Robespierre recurrió a la bestialidad para sanear a Francia, creyéndose el hombre providencial llamado a salvarla.

También se pretende que Guillotin murió decapitado por acción de la maquinita que habría inventado; algunos cronistas aseguran que fué el primero en experimentarla para su uso personal.

Todo esto podrá ser muy ocurrente, pero tiene el inconveniente de estar totalmente reñido con la verdad. Intentaremos destruir la leyenda, sin quedar muy convencidos del éxito de nuestro propósito. Cuando una opinión se ha arraigado en los espíritus [re]sulta difícil erradicarla; como lo prueba [el] hecho que otros, antes que nosotros, t[ra]taron de hacerlo sin haberlo consegui[do]. Parecería que la verdad histórica como [las] mujeres honestas carecieran de atractiv[o].

Empecemos por José Ignacio Guillot[in] nacido en 1738 en Saintes. Luego de r[ea]lizar brillantes estudios, actúa como pro[fe]sor de la Congregación Jesuíta, de la q[ue] pronto lo aleja su espíritu independient[e]. Embarcado en la Medicina, se coloca ráp[i]damente como figura de primer plano p[or] sus trabajos científicos y su obra de org[a]nización profesional. No descuida sus d[e]beres cívicos. En 1788 publica una "Pe[ti]ción de los Ciudadanos de París" en la qu[e] reclama la igualdad de los miembros d[el] Estado Llano con los de los 2 órdenes pr[i]vilegiados reunidos. La Justicia resuelve e[n]



La segunda guillotina de París utilizada desde 1793 según un grabado de la época. Arriba una leyenda expresiva: "El puñal de los patriotas es el hacha de la Ley".

carcelarlo, pero tiene que desistir intimidada por la muchedumbre entusiasta que acompaña a Guillotin al Parlamento. Los Estados Generales se constituirán finalmente según la fórmula propuesta por Guillotin.

Actúa como Diputado por París en la Constituyente, quedando fuera de la Asamblea en setiembre 1791, debido a la no reelegibilidad de sus miembros. Encarcelado durante el Terror, soporta con serena entereza la arbitrariedad y al recobrar su libertad, después del 9 Termidor, se reintegra a la vida pública dedicándose enteramente a la ciencia; le han decepcionado las funestas rivalidades sectarias que caracterizaron el período de la Convención. Entiende que el movimiento revolucionario iniciado por la Asamblea Nacional, con la Justicia por fundamento, ha sido detenido por una lucha estéril principalmente entablada para el logro de beneficios personales.

Su marcada personalidad y arraigadas ideas de libertad le mantuvieron entonces alejado de los cargos oficiales, pero sigue haciendo pesar su palabra sobre la opinión general, en virtud de sus relevantes dotes intelectuales y morales; al punto que en cierta oportunidad un allegado a Napoleón intenta obtener su colaboración. Guillotin, espíritu equilibrado, estima que el oropel de las deslumbrantes glorias militares no alcanzará a cubrir las miserias que tendrán que soportarse en pago. Con firmeza contesta al amanuense que le han mandado: "Encuentro al Señor Bonaparte muy poco juicioso, su trato no me es grato".

Ignorado por el oficialismo, muy apreciado por los hombres de ciencia y el público, murió en París, normal y humanamente en su cama en 1814, cuando el Imperio se desmoronaba y la guillotina había sido relegada al rango de institución de uso expecional. Las autoridades no tomaron mayor intervención; sólo se limitaron a asentar en sus registros la desaparición de un ciudadano, anotando que todo había ocurrido en circunstancias regulares.

Guillotin llevó la vida digna del hombre honorable que fué. Su aporte a la ciencia pudo haber sido mayor si hubiera recibido el necesario apoyo oficial, que le fué negado en represalia por su carácter independiente y rectitud de proceder, lastres éstos que con frecuencia malogran muchos espíritus bien dotados.

☼

Pasemos ahora a la Guillotina. Las informaciones que sobre ella tenemos no son tan precisas. Existen variadas versiones sobre su origen y sus andanzas y se sabe que es ardua tarea encontrar la verdad no cuando faltan opiniones, sino cuando sobran. Hay quienes pretenden que los chinos la utilizaron desde tiempos muy remotos. Otros aseguran que fué inventada en Italia en el Siglo XVI ,donde se la llamaba "mannaia". Existe un grabado de Aquiles Bocchi, fechado en 1555, del que parecen haberse servido los que diseñaron el primer aparato confeccionado en Francia en 1792. Los hay que sostienen que los encargados de fabricar el artefacto que la Legislativa les encomendara se inspiraron en unos dibujos de los famosos grabadores alemanes de principios del Siglo XVI: Cranach y Alegrever, en los que se representaba un instrumento de suplicio semejante a la guillotina. No faltan los que afirman que la guillotina no es otra cosa que un instrumento perfeccionado de algo muy parecido que se empleaba en Inglaterra desde el Renacimiento. También se ha dicho que el Mariscal de Montmorency fué ejecutado en 1632 en Tolosa (Francia) por un aparato similar a la guillotina, lo cual no ha obstado para que se exhibiera en dicha ciudad la espada que se habría empleado para decapitarlo.

Estos antecedentes tienen un valor muy relativo; un instrumento adquiere significación cuando su empleo toma arraigo y su aplicación queda definida por normas que dan carácter estable a su utilización. De esas máquinas de decapitar pocas noticias poseemos, lo que demuestra que nunca llegaron a constituir una institución: no tienen, por tanto, mayor trascendencia histórica.

Echemos un rápido vistazo sobre los conceptos jurídicos en la Francia pre-revolucionaria en lo concerniente a derecho penal. Existían distintos criterios para la aplicación de la pena capital; muy propios del Antiguo Régimen. La calidad del reo y la naturaleza del delito determinaron la clase de ejecución. Se partía del inhumano principio que la Sociedad se vengaba del culpable. Las penas eran torturantes e infamantes. A los nobles se les decapitaba; los villanos eran ahorcados y expuestos al público para escarnio. Los filósofos del Siglo XVIII expresaron su repudio a ese régimen y Diderot en la Enciclopedia, al referirse al verdugo, rechaza la pena de muerte diciendo: "Esto no está basado sobre la opinión, lo está en la fuerza imperiosa del instinto que detesta todo matador que no actúa en defensa propia, lo que prueba que la pena de muerte sobrepasa los derechos de la sociedad".

Es el Dr. Guillotin quien va a formular, ante un organismo oficial, principios novedosos y humanitarios que significan un gran progreso en la ciencia penal. El 10 de octubre de 1789, en su carácter de Diputado de la Asamblea Constituyente, presenta una proposición en seis artículos tendiente a establecer: 1) que la Sociedad al dar muerte no se venga, sino que obedece a la ley de necesidad, por tanto, la pena no puede ser torturante; 2) que la igualdad de todos los hombres exige el mismo suplicio cualesquiera que sean la calidad del condenado y la naturaleza del delito; 3) que en ningún caso la pena será infamante ;4) que la condena no hará recaer perjuicio de infamia sobre la familia del ajusticiado; 5) que no puede ser pronunciada la confiscación de los bienes del condenado; 6) que la pena de muerte consistirá en la decapitación por medio de una máquina sencilla, de acción rápida y segura para evitar sufrimiento al paciente.



Castillo de Bicêtre, carcel y hospicio, donde se pretende haber sido construida y ensayada la primera guillotina

Si nos ubicamos en la época, la moción del Dr. Guillotin aparece llena de noble humanidad. Encierra un detalle de generosa inspiración; iguala a los hombres hacia arriba ;propone para los plebeyos la pena hasta entonces reservada a los aristócratas. Contraste curioso con lo que está sucediendo en la U.R.S.S. donde la nivelación se ha realizado, con inquientante perfección, colocando a todos en el escalón más bajo que pudo encontrarse en la escala social, excepción hecha de los jerarcas naturalmente.

A pesar de la amplia difusión de las ideas renovadoras empeñadas en destruir anacrónicos prejuicios para imponer principios ajustados a lo que la humanidad merecía, no se percibió el alcance de la proposición Guillotin. La Asamblea no la tomó en cuenta, disponiendo su aplazamiento. Esto realza, si cabe, el proyecto y enaltece a su autor. Cierto es que la Constituyente estuvo pendiente ese mismo 10 de octubre de la palabra del Obispo Talleyrand que aconseja la confiscación de los bienes eclesiásticos.

El fracaso no desalienta a Guillotin. El primero de diciembre insiste. Presenta una detallada exposición de motivos. Pero el eminente hombre de ciencia carecía de dotes parlamentarias. Como ocurre frecuentemente con los que dedican su acción a la investigación y a ocupaciones fecundas, empleaba un lenguaje sencillo, sin circunloquios efectistas. Su discurso fué torpe, desprovisto de esas expresiones vibrantes que deleitan, halagando al oído, aún cuando carentes de sentido pero que tanto efecto producen en esas asambleas muy sensibles a la forma; especialmente cuando se formulan con voz entubada y sonora, recurso habitual de los que hablan para no decir nada. Para colmo, con cándida puerilidad, remataría su exposición con una manifestación que causó hilaridad: "Con mi máquina les hago saltar la cabeza a todos ustedes sin hacerles sufrir". La proposición fué nuevamente aplazada sin mayor consideración.

Entretanto Guillotin había tratado de formarse alguna idea sobre la disposición a dar al aparato. Recurrió al gran experto de Francia en materia de ejecuciones. Consultó a Carlos Enrique Sansón, el más famoso de la horrenda dinastía que detuvo la exclusividad de estos menesteres en París desde 1688, en que le fuera otorgada por Cartas Credenciales al fundador Carlos Sansón, hasta 1847 en que le fué quitado a Clemente Sansón el poco apetecible privilegio, en circunstancias risueñas, luego de haber prendado la guillotina perteneciente a la ciudad de París.

Carlos Enrique tenía el orgullo de su abolengo de verdugos. La familia proveía ejecutores de veredictos criminales a varias localidades de Francia. Cuando Guillotin le consultó, Carlos Enrique estimó impropio que un sabio invadiese su jurisdicción. Contestó con una nota que no aportaba mayores indicaciones, aun cuando encierra algunas observaciones atinadas.

A esto se limita la participación que le cupo al Dr. Guillotin. Luego del segundo fracaso en la Asamblea no se ocupó más del asunto, a no ser para deplorar que se bautizara con su apellido un instrumento para cuyo diseño y construcción no brindara colaboración alguna.

Pasa un tiempo sin prestársele atención a la cuestión. En Abril 1791 la Asamblea aborda la discusión sobre la pena de muerte. Las opiniones abundan. No se trata en la mayoría de los casos de divergencias de fondo, las ideas difieren en cuanto a la forma de aplicarla. El constituyente Adrién Duport en su famoso discurso contra la pena pronuncia hermosas palabras: "Hagamos que el hombre sea respetable para el hombre". La Asamblea se esfuerza por no entender lo que ha querido decir y el 3 de mayo de 1791 decreta: "Todo condenado a muerte tendrá la cabeza tronchada'. Nada más. De la máquina nada se decía, ni se sabía.

En esta situación el Tercer Tribunal Criminal declara el 24 de enero de 1792, en juicio de última instancia, que: "Nicolás Pelletier, convicto de haber atacado el 14 de octubre de 1791, en complicidad con un desconocido, a un particular al que apalearon y robaron 800 libras. . ." Como reparación el Tribunal lo condena a ser conducido a la Place de Grève para su decapitación. El primer candidato carecía de jerarquía delictiva y el motivo de entidad.

Para cumplir la sentencia no sólo era necesario construir la máquina, sino que había que inventarla. El desdichado Pelletier esperaba que estuviera pronta para poner fin a su tormento. Hubo que urgir a la Asamblea Legislativa, la que por intermedio de su Comisión de Legislación consultó al Secretario de la Academia de Cirugía, doctor Antonio Louis. El 7 de marzo de 1792 el Dr. Louis presenta un informe muy minucioso, en el que el aparato queda teóricamente definido. Contiene las indicaciones fundamentales para su construcción. Si algún inventor tiene la guillotina, no cabe duda que es el Dr. Louis quien acumula mayores méritos para que se le otorgue esa paternidad.

La Asamblea Legislativa, suficientemente documentada, promulga el 25 de marzo de 1792 la "Ley relativa a la Pena de Muerte y al modo de ejecución que se empleará en el futuro". Decreta, además, que "hay urgencia en vista de estar un condenado a la espera y que la humanidad exige que la pena de muerte sea lo menos dolorosa posible". También dispone que "Se utilizará el método indicado por el Dr. Louis" y autoriza al Poder Ejecutivo a hacer los gastos necesarios para implantar ese sistema de ejecución, de manera uniforme, en todo el país.

Faltaba poner manos a la obra. El Procurador General de París, Roederer, escribe al Ministro de Contribuciones sugiriéndole la construcción de la máquina descrita por el Dr. Louis. Se pide presupuesto al carpintero Guédon, provedor de justicia, que exige la disparatada suma de 5.660 libras. El infeliz Pelletier seguía esperando. Indignado, el Juez Moreau se dirige por nota el 11 de abril de 1792 a Roederer intimándole, en nombre de la humanidad y del decoro público, a activar la fabricación del artefacto. Roederer contesta en igual forma el mismo día — la Administración Pública parece haber perdido, desde entonces, agilidad — informando que el Dr. Louis estaba dirigiendo la construcción contratada con un carpintero alemán de apellido Schmidt, quien suministraría la máquina bien acondicionada y prolijamente terminada por la suma de 300 francos y que se contaba con el asesoramiento profesional de Sansón.

Aún no ha podido determinarse con certeza en que paraje de París se construyó esa primer guillotina y donde se hicieron los primeros experimentos. Hay quienes sostienen que ese honor le corresponde a Bicêtre, suburbio del sureste de París, efectuando el Dr. Louis sus primeras pruebas sobre carneros vivos. Una tradición popular refiere que fué en la calle Saint-André-desArts, en el corazón de París como quien dice, haciéndose los ensayos preliminares sobre tres cadáveres y un carnero vivo. La primera versión parece poco verosímil.



Busto del Dr. Guillotín por E. Fouillon, destinado a la Sala del Juego de Pelota (Versalles).

La versión popular es más admisible. El lugar es prácticamente contiguo al sitio en que debía erigirse el cadalso para ajusticiar a Pelletier. A fines del Siglo pasado, al efectuarse reparaciones en la Librería Durel, sita en esa Calle Saint-André-des Arts, se encontraron unos maderos que los entendidos aseguraron ser las infraestructuras de la primer guillotina.

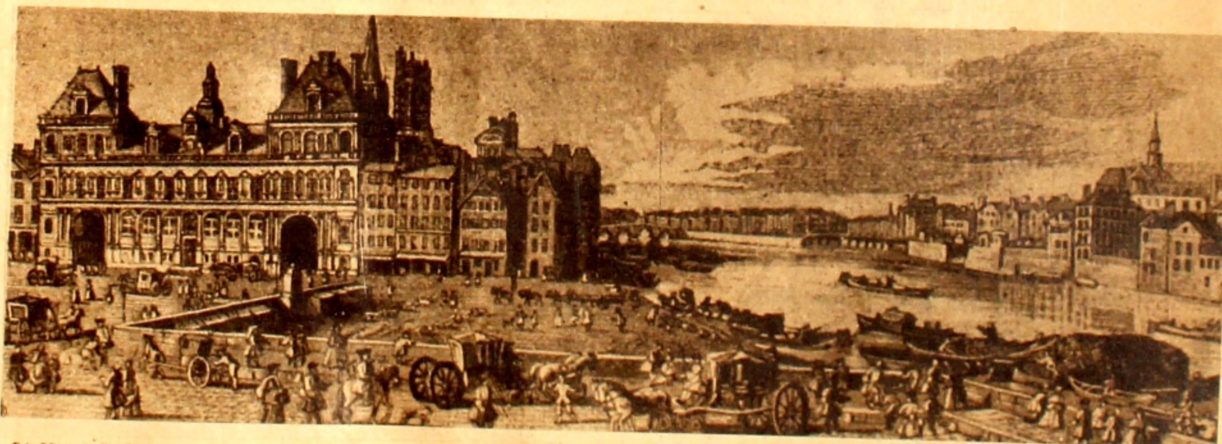
Sea como fuere, lo que parece no estar en discusión es que la experiencia hecha sobre cadáveres y carneros fué satisfactoria, decidiéndose proceder a la ejecución del primer cliente: Nicolás Pelletier. La guillotina debutaría con un pobre diablo, un vulgar ratero de intramuros, poco digno de figurar entre los notables que forman el copioso catálogo que le dieron renombre.

Se fijó el 25 de abril de 1792 para ajusticiarlo. El acontecimiento revestía contornos sensacionales. Roederer creyó del caso pedir al Comandante de la Guardia Nacional — La Fayette — que dispusiera un destacamento para mantener el orden, evitar que se ocasionaran daños a la máquina y facilitar su desmontaje una vez terminada la macabra ceremonia.

La primera aplicación "in anima vili" se realizó sin tropiezos. Hubo cronistas contaminados por la singular sensibilidad de la época que aseguraron que fué todo un éxito. Ya embarcada en la efervescencia comunista, la Revolución había encontrado su "ultima ratio"; la ciencia honorable y la técnica ingeniosa venían a ofrecerle un arbitrio para saciar su frenético furor por sanguinarias locuras. Pocos meses habrían de transcurrir para que hiciera su entrada oficial S. M. el Terror con las matanzas de setiembre de 1792, prosiguiendo sin desmayo hasta la muerte de Robespierre.

Raúl SAMPOGNARO.

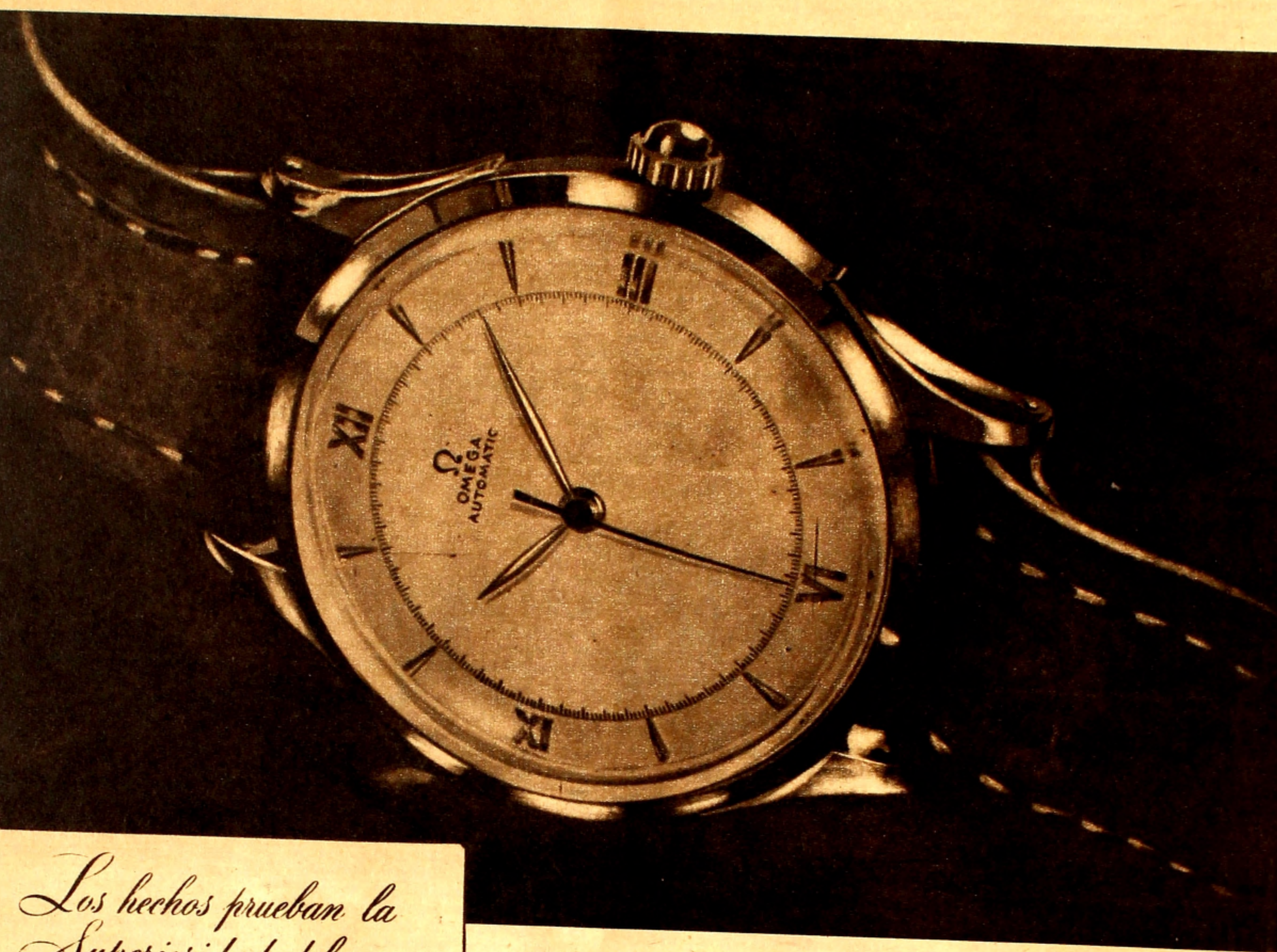
(Especial para EL DIA).



El Hotel de Ville en el Siglo XVIII donde la Comuna organizó las jornadas insurreccionales. El plano inclinado detrás del cerco es la Place de Grève, lugar destinado a manifestaciones populares y ejecuciones.



OMEGA tiene la confianza del mundo



Los hechos prueban la Superioridad del

OMEGA

Automático

Omega prueba su superioridad con hechos. Su modelo AUTOMATICO, es el primer reloj pulsera que, dentro de las elegantes líneas de un modelo ULTRAPLANO, encierra un mecanismo de cuerda perpetua. El movimiento natural del brazo, renueva constantemente la fuerza motriz, con una reserva para 36 horas de marcha. El Omega AUTOMATICO posee los últimos progresos de la técnica: AUTOMATICO - ULTRAPLANO - ANTIMAGNETICO, y mantiene a Omega a la vanguardia de la industria relojera.



Y esa confianza está basada sobre hechos

Por tres veces consecutivas - un hecho sin paralelos - OMEGA ha sido nombrado como contralor oficial y exclusivo en las Olimpíadas de los Angeles (1932), Berlin (1936) y Londres (1948).

CONCESIONARIOS EXCLUSIVOS

A. REVELLO & Cía. Ltda.
25 DE MAYO 515 - SARANDI 632
18 DE JULIO 1271 - 18 DE JULIO 855

JOYERIA **LA ROYAL**
Av. 18 DE JULIO 854 esq. ANDES

JOYERIA **PARIS**
18 DE JULIO 1429

BIARRITZ
JOYAS
SARANDI 661

INFORMACION LOCAL



Con la realización de un gran ejercicio de conjunto, en el que participaron alumnos de todas las armas de la Escuela Militar, concluyeron las maniobras militares en Cerro Colorado



Niño Guillermo Etcheverry Saldarini, de cinco mes



Justino Zavala Muniz, que tan altos y eficaces servicios viene prestando al arte escénico, agradece el homenaje que, en reconocimiento de esa actividad, le ha brindado la Casa del Teatro



Demostración al ingeniero Felipe J. Raffini, nuestro compañero de tareas, con motivo del merecido nombramiento para ocupar el cargo de Director de la Escuela de Mecánica y Electrotenia

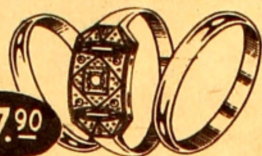


Se le dió el nombre de Joaquín Mesfre a la Escuela Nº 13 de 2º grado, en homenaje al prestigioso maestro al que rodearon autoridades de la enseñanza y ex - alumnos

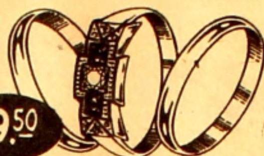
Si quiere ser feliz ... alianzas de Joyería Paris



Juego alianzas y cintillo oro y similis



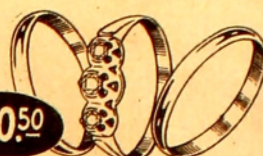
Juego alianzas y cintillo oro y zafiros



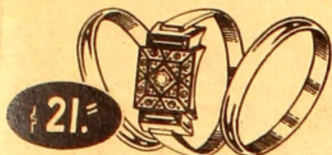
Juego alianzas y cintillo oro y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro y similis



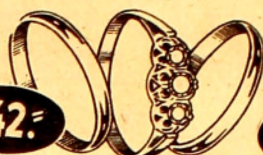
Juego alianzas y cintillo oro, simil y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro y zafiros



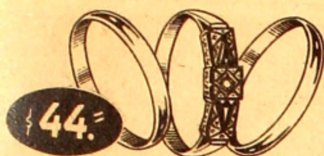
Juego alianzas y cintillo oro y similis



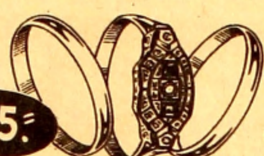
Juego alianzas y cintillo oro 18 k y similis



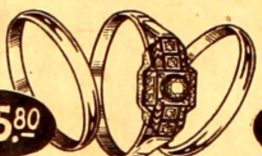
Juego alianzas y cintillo oro 18 k y similis



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



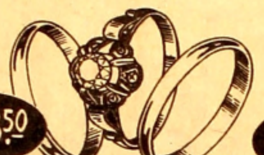
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiro



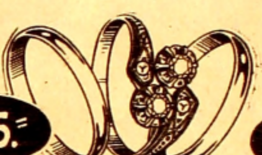
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiro



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



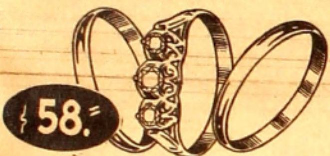
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



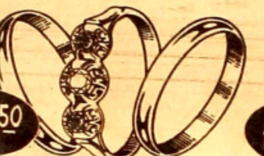
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



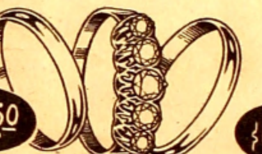
Juego alianzas con cintillo "Lapidé" oro 18 k. y diamantes



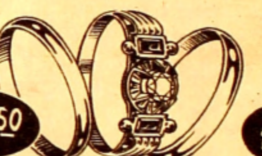
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. zafiro y rubies



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. y zafiros



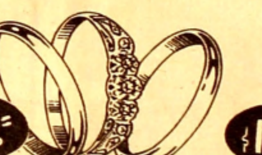
Juego alianzas y cintillo oro 18 k. zafiro y rubies



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. brillante y rubies.



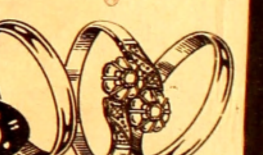
Juego alianzas y cintillo oro 18, platino y 5 brillantes



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. brillantes y diamantes.



Juego alianzas y cintillo oro 18 k. brillante y diamantes



Juego alianzas y cintillo oro 18, platino, brillantes y diamantes.



Juego alianzas y cintillo oro 18, platino, brillante y diamantes



Juego alianzas y cintillo oro 18, platino, brillante y diamantes



Juego alianzas y cintillo oro 18 k platino y brillantes



Juego alianzas y cintillo oro 18, platino y 5 brillantes



JUEGOS DE ALIANZAS Y CINTILLO
Todos nuestros precios incluyen grabado y estuche

Joyería PARIS

AL INTERIOR REMITIMOS CONTRA REEMBOLSO

POR TODA COMPRA MAYOR DE $ 10.-
OBSEQUIAMOS
ESTA ELEGANTE Y PRACTICA PLATINA AMERICANA

18 DE JULIO 1429

TARZAN

Por Edgar Rice Burroughs











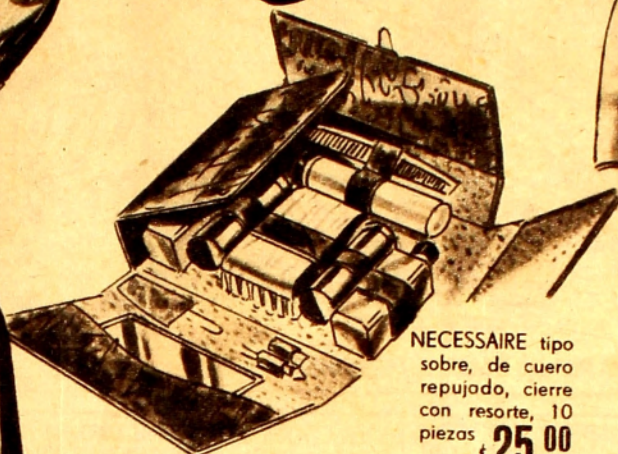






Casa Soler

SOLER HNOS. S.A.



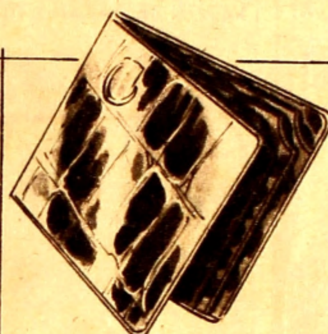


SECCION HOMBRES

Ofertas para sus compromisos de FIN de AÑO

NECESSAIRE tipo sobre, de cuero repujado, cierre con resorte, 10 piezas $ 25.00

ROBE DE CHAMBRE en seda rayada, fondo beige y gris $ 27.00



BILLETERA cuero cocodrilo, escudo de oro $ 20.00

CARDIGAN en tropical de lana, fina confección, tonos lisos $ 29.50

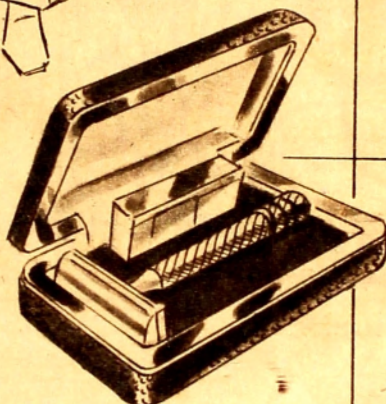
PANTALON haciendo juego $ 27.00



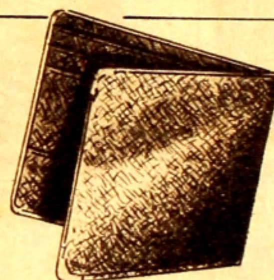
PANTUFLAS pullman, vaqueta superior, calzada $ 6.30, descalza $ 6.20



TRAJE PIJAMA, fina seda Suiza, delicados tonos lisos $ 30.00



Finisima MAQUINA afeitar Gillete, lujoso estuche, 10 hojas $ 14.00



BILLETERA de cuero graneado con aplicaciones, $ 3.60 y $ 2.80



MAQUINA afeitar Gillete, metal dorado, estuche plástico, 5 hojas $ 4.50

En nuestras tres casas

CASA MATRIZ
Av. AGRACIADA 2302
ESQ. M. SOSA
ENTRADAS INDEPENDIENTES

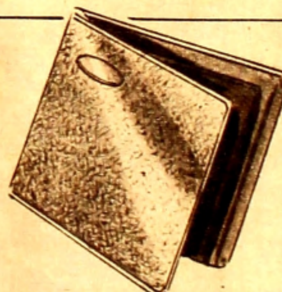
SUC. GOES
Av. Gal FLORES 2341
Esq. M. BERTHELOT
ENTRADAS INDEPENDIENTES

SUC. CORDON
Av. 18 de JULIO 1601
Esq. CARLOS ROXLO

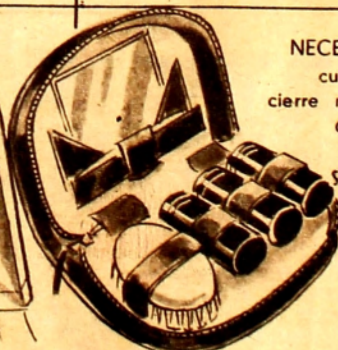
CLIENTES DEL INTERIOR EFECTUEN SUS COMPRAS CONTRA REEMBOLSO



TRAJE PIJAMA tricolina inglesa $ 28.00



BILLETERA cuero cabra de la India, escudo de oro $ 11.00



NECESSAIRE, cuero liso, cierre metálico, 6 piezas $ 18.00



CARDIGAN gabardina extranjera, corte sastre $ 27.80

PANTALON haciendo juego $ 26.00

Durante este mes los cambios o devoluciones se efectuan en horas de la mañana